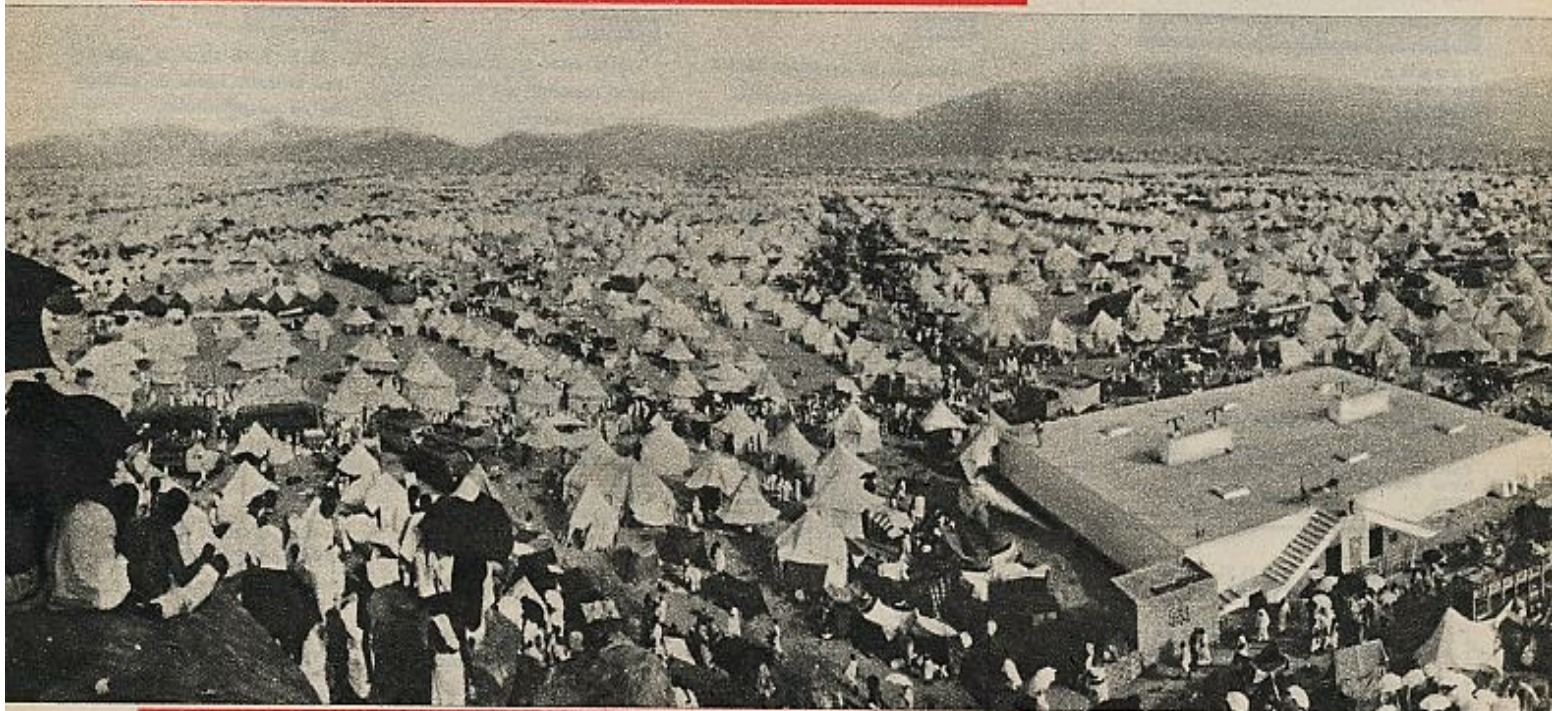


# LA MEECA



El rey Saud recibe a determinados peregrinos. Todos los años participa el rey en la ceremonia del «Hadji» en compañía de sus tres esposas, de sus 123 concubinas (la mayoría alemanas) y de sus hijos, acompañados estos también de sus esposas y favoritas. Amplia reunión familiar

**BAJO  
UN CALOR  
DE 50  
GRADOS  
UN MILLON  
DE  
MUSULMA-  
NES SE  
ENCAMINA  
A LA CIUDAD  
SANTA**



**"haz la peregrinación  
una vez en tu vida"**

**ORDENA EL CORAN**



**H**AZ la peregrinación una vez en la vida si tus medios te lo permiten. Si eres demasiado pobre, ruega por los que la hacen.»

Este precepto del Corán lo han aprendido aún antes de saber leer. A él se debe que ahora estén en los senderos del desierto de Arabia, quemados por el sol, en interminables columnas que convergen de todos los puntos de la tierra hacia La Meca, la ciudad santa, la ciudad prohibida desde mil trescientos años. «Haz la peregrinación una vez en la vida»; todo buen musulmán, si es pobre, pagará este viaje al corazón del Islam con una vida de economía, ahorrando de la comida, de las ropas, de la vivienda de su familia si hace falta. De las arenas del Atlas al desierto de Gobi, del océano Atlántico a las islas de Indonesia, llegan por aire, por mar o por tierra, y se encuentran todos los años, caminando juntos por las grandes dunas ocre del desierto, para comulgar en la misma purificación.

Este año ha sido un millón doscientos mil los que, salmodiando los versículos del Corán, bajo un calor tórrido de 45 a 65 grados, han llegado a «Bab el Djiddah» (puerta de La Meca). Durante una noche, llamada de la «gran unidad», los príncipes de las «Mil y una noches» no se distinguen de los mendigos. Jóvenes y viejos, hombres y mujeres sin distinción de razas, castas, fortuna o nacionalidad,



En el recinto sagrado de La Meca, los peregrinos de todas las razas y de todas las nacionalidades dan siete veces la vuelta a la «Kaaba». Estamos en lo que se denomina «Tawaf», primer acto de la peregrinación





A pie, en burro, en camión, en auto, por la ruta sagrada, prohibida a los no musulmanes. Solo la llegada a La Meca se debe hacer obligatoriamente andando

## Los príncipes de "Las mil y una noc

han caminado con los pies descalzos, el cráneo afeitado, envueltos en la «cabeya», la larga ropa blanca de los peregrinos, que no es otra cosa que un sudario: «Todos iguales y hermanos ante Dios.» Ante ellos, La Meca se levanta como un símbolo de la «Oumma» primitiva, esta «comunidad religiosa universal» de los musulmanes del mundo entero. Durante una noche, el Islam —esta religión que une a 350 millones de fieles dispersos por todo el mundo— revive las palabras del Profeta: «Un Dios único, un libro único, una ley única, una lengua única, un pueblo único.»

### LOS QUE SE SOMETEN

Y esta marcha hacia la unidad no es una palabra vacía si se piensa que el Islam, última en fecha de las religiones reveladas después del judaísmo y el cristianismo, representa un octavo de la población del globo, es decir, más de treinta naciones, veinte grupos étnicos, cien dialectos. Pero todos estos hombres y mujeres tienen al menos dos lenguas: la de su país y el árabe para hablar con Dios. «Islam» quiere decir exactamente «someterse» (se sobreentiende a la voluntad de Dios). Un musulmán, la palabra tiene la misma raíz, es «un hombre que se somete». Cinco veces por día, aunque viva en Nueva York o París, se prosternará en tierra, la cabeza en

dirección de la ciudad santa, en signo de sumisión.

Los peregrinos que marchan por el desierto de Arafat comienzan su noche de contemplación a la caída de la tarde, cuando el cielo es verde y el viento levanta un polvo terrible. Fue en una noche parecida, hace trece siglos, cuando un camellero que no sabía leer ni escribir y que se llamaba Mohamed (le llamamos hoy Mahoma), recibió la revelación y dictó el Corán. Los árabes llaman hoy a sus antecesores paganos «ahl al djalila», la comunidad de la ignorancia. Mahoma estuvo a punto más de una vez de pagar con su vida la revelación del dios único a esta comunidad de la ignorancia. Sus primeros discípulos fueron muertos a golpes y aplastados bajo rocas mientras el odio de sus adversarios, no teniendo la audacia de asesinar a un hombre que era «más que un hombre, menos que un dios; un profeta», se contentaban con tirarle al rostro entrañas de cordero.

De esta noche del Kadir —noche de la revelación—, conmemorada por las oraciones y ayunos del Ramadán, iba a nacer una civilización que prepararía el Renacimiento y una religión que sería para Oriente lo que el cristianismo para Occidente. El mundo árabe sobrepasaba entonces el Imperio de Alejandro. Mercaderes, guerreros, filósofos, vivían de Za-

ragoza a Samarcanda, de España a la India y hasta Rusia y hasta Indonesia. Hacían falta dieciocho meses para atravesar este Imperio a lomos de camello. El año primero del Islam, es decir, en el 622 del calendario cristiano, la palabra del profeta recorrió este dominio, reforzando finalmente su unidad. «Dios es uno. Temed a Dios. Pensad en el juicio final.» La comunidad de la ignorancia se convirtió en la comunidad de los hombres «que se someten», y el «Djihad», la guerra santa, comenzó para no terminar. Mahoma había prometido el paraíso «a la sombra de las espadas».

### NEGRA A CAUSA DE LOS PECADOS DEL MUNDO

La Meca, capital del Hedjaz y patria de Mahoma, fue siempre una ciudad prohibida a los no musulmanes. Se dice que es una ciudad santa desde el origen del mundo, desde el día en que Adán y Eva, expulsados del paraíso, se encontraron de nuevo al pie del monte Ararat. Allí nació Abel y también Cain, los dos enterrados en el desierto, dice la leyenda, mientras que Eva duerme en Djiddah. Fue en La Meca también donde Abraham, en busca de la tierra prometida, se detuvo hace cuatro mil años y colocó a su hijo Ismael sobre una piedra blanca para sacrificarlo a





Musulmanes de todas las clases sociales toman parte en la peregrinación. A lo largo de la carretera, cerca de Mena, se extienden las «viviendas» de lona para peregrinos

## hes" no se distinguen de los mendigos

Dios. Dios rehusó el sacrificio. De Ismael nació la raza de los árabes y cuando Mahoma encontró la piedra, se había hecho negra. «nengreceda por todos los pecados del mundo».

Así que antes de Mahoma, La Meca era la capital del libertinaje. Cruce de los caminos de la seda y del incienso; un albergue de caravanas. Diez mil camellos y otros tantos arrieros, mercaderes, nigromantes, juglares, adivinos, cortesanos, allí se encontraban. En los altares se sacrificaban corderos, camellos, y también niños, a las 360 divinidades bárbaras. La piedra de Ismael pudo hacerse negra con motivo.

A diez días de caravana del monte Sinai, donde Moisés recibió las Tablas de la Ley; a doce días de Jerusalén, donde Jesús anunció la buena nueva, La Meca, purificada y transformada de arriba abajo por Mahoma, se convirtió en uno de los grandes centros de religión. En él está el objeto más sagrado del Islam: la piedra negra encontrada por el profeta. Embutida en una banda de plata, está cubierta por un pequeño templo cúbico, la «Kaaba», construida en el lugar del altar de Abraham.

Para verla, besarla, o al menos tocarla si la multitud es demasiado densa para que puedan aproximarse libremente, los peregrinos atraviesan todos los años el desierto y cruzan a veces la mitad del mundo. Frecuentemente, los fieles, empujados, arrastrados por

la corriente de sus correligionarios, deben contentarse con tocar la tela negra de seda y algodón que recubre la «Kaaba». Tras cada peregrinación a La Meca no queda de este paño (la Kiswa, que se teje anualmente en El Cairo), sino jirones flotando al viento.

Si La Meca no cuenta sino con doscientos mil habitantes en tiempo normal, tiene la reputación de ser una de las ciudades más tranquilas del mundo. «La piedra negra la protege, dicen los musulmanes: La Meca no conoce ni el hambre ni la miseria.» La realidad, con toda seguridad, no está siempre a la altura de las leyendas. Hay otra fama que no ha perdido la Ciudad Prohibida desde hace siglos: la de ser uno de los últimos mercados de esclavos, en el que las bellezas jóvenes alcanzan precios fabulosos...

Sea lo que sea, todo musulmán que vuelva de la Meca ostentará hasta el fin de sus días el título de «Hadji» (el viajero, el santo), que le confiere el derecho de ser el «cheik» (el jefe) del grupo social, religioso y político que es toda colectividad musulmana.

### UN CORDERO POR PECADO

Con los pies desnudos, vestidos con sudarios, signo de la igualdad de los hombres ante Dios, los fieles han cumplido el primer

acto de la peregrinación, el «Tawf», que consiste en dar siete vueltas a la «Kaaba», comenzando por la esquina que oculta la Piedra Negra. Es el comienzo de ritos innumerables para purificarse y llegar al «conocimiento». Cinco veces al día, el «muecin» les llama a oración. (Mahoma instituyó la llamada oral a la oración porque a él no le gustaban las campanas. El primer «muecin» fue un esclavo, que el profeta había rescatado y liberado.) Las noches que pasan en la ciudad santa están consagradas a la meditación sobre el Corán, sobre Alá, sobre ellos mismos. Meditación sin fin, ya que las palabras del profeta reúnen la enseñanza de las más viejas filosofías. Ciertas frases que Mahoma decía a sus compañeros hubieran podido ser pronunciadas por Séneca; como esta: «Trabajad por este mundo como si debierais vivir siempre en él, y por el otro, como si debierais morir mañana.»

Pero la peregrinación no se termina en La Meca. A 18 kilómetros de la ciudad santa, en la llanura de Arafat, millares de tiendas se alzan hasta perderse de vista al pie del Monte de la Misericordia, desde donde Mahoma hizo su sermón de adiós: «Sabed que todo musulmán es un hermano para otro musulmán y que vosotros sois ahora una única comunidad.» Es el último campamento y la



# EN LA CIUDAD SANTA SE VENDEN AUN LAS MUJERES MAS BELLAS A PRECIOS FABULOSOS



Agitados por la fatiga, los peregrinos más pobres, los que no pueden ni acostarse en una tienda, duermen al sol. Como almohada, el suelo o ese saraguan negro

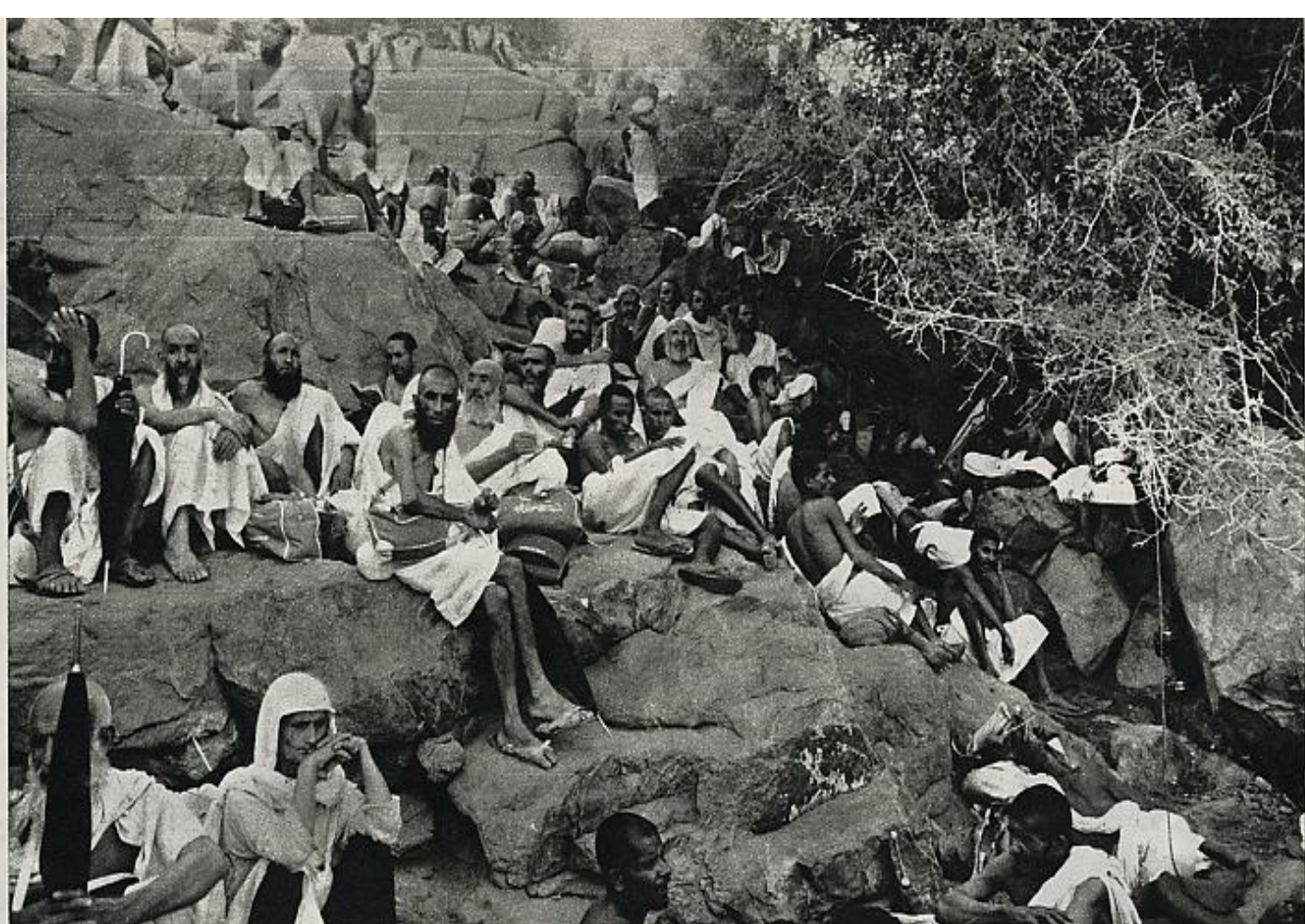


Para la última ceremonia de la purificación en Mena, es costumbre, seguida a lo largo de trece siglos, que los peregrinos se hagan afeitar el cráneo

Una calle de la Ciudad Santa durante la semana del «Hajj». Este año, un millón doscientos mil peregrinos han llegado a ella de todos los rincones del mundo.







La noche de la meditación comienza cerca de La Meca: veinticuatro horas de Vigilia, en las que todos los pecados deben ser evitados. Sentados en las ardientes arenas o en las rocas, millares de musulmanes reviven la noche del «Ka dir», en la que el camellero Mahoma recibió la revelación hace trece siglos

última noche en vela, antes de que los peregrinos, por centenares de miles, se dirijan en una caravana gigante hacia la pequeña villa de Mena, donde encontrarán otra piedra no sagrada como la Piedra Negra, sino maldita y símbolo de todas las fuerzas del Mal. El primer cuidado de los fieles es el de arrojar siete piedras tan pequeñas como la uña del pulgar, que han reunido durante el viaje, a esta piedra, que representa al Diablo. Después, salmodiando el versículo «Dios, he respondido a tu llamada», se dirigen hacia el lugar del sacrificio.

En Mena, dos millones de corderos esperan a los peregrinos. Dos millones de corderos apretados unos contra otros en un inmenso arcaal, esperando ser degollados en un holocausto gigantesco, conocido con el nombre de «fiesta del cordero». Cada peregrino debe inmolarse un cordero... Además de otro por cada pecado cometido durante la peregrinación. ¿Qué pecados? Del más grave al más ligero: un cordero sacrificado por mentir, un cordero por insecto matado, un cordero por árbol arrancado.

Muchos peregrinos no pueden soportar la vista de estos centenares de miles de corderos muertos en un río de sangre. La ley religiosa tiene piedad con ellos: pueden delegar en alguien para cumplir el sacrificio en su lugar.

La peregrinación toca a su fin. Antes de dejar Mena, un último gesto indica que la lucha entre el Diablo y los hombres buenos no ha terminado: hombres y mujeres, con todas sus fuerzas, lapidan otras dos piedras, conocidas bajo el nombre de «diablos mediano y pequeño». Entonces, las largas caravanas se dirigen de nuevo hacia el desierto, en todas direcciones, conduciendo a los nuevos «Hadji» hacia sus países por el mundo. Detrás de ellos, bajo el sol, dejan la pequeña ciudad de Mena aún bañada en el sacrificio expiatorio, en un olor a sangre, que llega lejos, para anunciar a las tribus nómadas que los fieles

de Alá han cumplido el último rito de la gran purificación.

#### CIENT DOLARES POR UNA NOCHE

Para las pequeñas ciudades de Arabia, la semana de la opulencia se termina de golpe. La época de la peregrinación, los días del «Hadji» es, efectivamente, en el único momento del año en que florece el comercio y

los árabes pueden tener una idea del antiguo esplendor de sus antepasados, en la época en que los mercaderes más fastuosos del mundo atravesaban la Arabia para vender la seda y el incienso. Hoy, las exigencias de la vida moderna han penetrado hasta el corazón del desierto: durante la época de la peregrinación, una habitación climatizada se alquila por cien dólares la noche... Disminuye, evi-



El ciego y el paralítico. «Debes ayudar a tu hermano», dice el Corán. La asistencia, en la época de la peregrinación, se convierte en un deber sagrado. Esto es corriente en La Meca: a la derecha, un ciego conducido por dos de sus «hermanos»; a la izquierda, un devoto paralítico con otro peregrino



# LA MECA



Empujados y arrastrados por la multitud, todos los peregrinos se esfuerzan por tocar la «Kaaba», llenos de fervor. La fotografía es un ejemplo eloocuente

En el límite del recinto sagrado, bajo los arcos que forman la plaza, los peregrinos cumplen otro rito: salmodiando los versículos del Corán recorren siete veces las galerías, dando la vuelta a través de ellas



dentemente, un poco la belleza simbólica de estas «noches de la unidad», que reúnen a millones de viajeros vestidos con sus sudarios. Ya que es evidente que bajo la gran «cabeza» blanca el príncipe no se distingue del plebeyo, y es cierto que solo el príncipe puede ofrecerse por cien dólares el lujo de una noche fresca. Pero poco importa: el Corán concede sus indulgencias desde el momento en que se tiene fe. No son los habitantes de Mena los que pensarían en quejarse; su ciudad vive durante todo el año de las ganancias de la semana del «Hadji». Durante las otras cincuenta y una semanas, Mena no tiene sino 300 habitantes...

Mahoma mismo, después de todo, no despreciaba los bienes que podía darle la tierra. El profeta intransigente que, en nombre de Alá, se apoderó de La Meca y seguido de diez mil peregrinos, impulsado por una santa furia, hizo saltar en pedazos los 360 ídolos bárbaros de la ciudad, era también el que decía al fin de su vida: «He amado siempre a las mujeres, los perfumes y la oración.» Aunque es cierto que añadía: «Pero solo la oración ha satisfecho mi alma.»

CLAUDE GUELBERT

(Exclusivo para TRIUNFO de Europress)





FIN

La última noche de la peregrinación, Saud ofrece a sus invitados musulmanes un suntuoso banquete en una sala del palacio. Los hombres más importantes del Islam, sociólogos, teólogos, políticos, profesores en ciencias coránicas y también hombres humildes, se encuentran como huéspedes del rey